

lo de esclava con que se llamó María, que si se hubiese convencido Ella que la Anunciación del Angel era una tentación diabólica.

Ponderando la Venerable Agreda la humildad de afecto de María, dice, que cuando estaba en el Templo se gozaba tanto del bajo concepto que sus compañeras empezaron a tener de Ella, que hubiera deseado que cada momento hubieran hecho más convencido y profundo su pensamiento, si esto hubiera podido ser sin pecado para ellas. Y ponderando más tarde el deseo de humildad de la Stma. Virgen, dice la misma Venerable que, a petición de María, se habla muy poco, es decir, casi nada, de ella en los Evangelios. Lo cual confirma el Beato Grignón de Monfort, fundando precisamente en esto su profecía de que llegarían tiempos, parece sean los actuales, en que María habría de ser más conocida, porque no había sido suficientemente estimada ni honrada, apesar de su importantísimo papel en la redención.

De hecho, si se exceptua el caso de las bodas en el que Cristo convirtió el agua en vino, no vuelve a ocuparse de Ella ningún evangelista, hasta que la presenta *juxta crucem* y es porque entonces su humildad se veía satisfecha, apareciendo como Madre del que fué condenado al suplicio de cruz como malhechor.

Teniendo en cuenta estos antecedentes, parecía natural que al darse más a conocer la Stma. Virgen, quisiese Ella presentarse con el caracter que más la distinguió en su vida, es decir con humildad de afecto sólo comparable a la humildad con que Cristo quiso reparar la soberbia de nuestros primeros padres.

Así es que vemos un movimiento extraordinario en favor del culto de la Stma. Virgen Niña, pues Ella quiere seducir por su humildad, imponerse por su sencillez y cautivarnos con la ternura y delicadeza de una Reina Niña.

Y tanto interés tiene por ello, que mientras en otras sus advocaciones parece que Ella no tiene empeño pues poco o casi nada extraordinario hace para manifestar sus deseos de ser honrada en ellas, en cambio no hay advocación relacionada en su divina infancia que no tenga en su favor un sin número de prodigios, como prueba inequívoca del singularísimo gusto que la Stm. Virgen tiene en ellas.